

LA NOVELA HISTÓRICA EN SU DIÁLOGO CON OTROS DISCURSOS

La novela es ficción y toda ficción mentira.

—JOSÉ MARÍA HEREDIA

Felipe Pérez participó en las actividades de una élite cultural ubicada en Bogotá y proveniente de gran parte del territorio nacional, que consideró la escritura y particularmente la literatura como una labor indispensable para el desarrollo de la identidad nacional. Los textos históricos y la prosa reflexiva sobre la literatura hicieron parte de un conjunto de prácticas en las que cada discurso se definió por la relación que estableció con sus contemporáneos, y por el estado de discusión y de reflexión que en un momento determinado se dio sobre los procesos de escritura. Cada época, como afirma entre otros Jacques Le Goff¹, fabrica mentalmente su representación del pasado histórico. En la Nueva Granada participaron en esta representación, además de la novela, los discursos que sobre ella se emitieron y las relaciones con que la escritura de la historia tomó parte en dicha reflexión para delimitar las características de la escritura que le competían de manera directa, como es el caso de la novela histórica.

En la Nueva Granada, a mediados del siglo XIX, se delimitó un canon en la elaboración de los textos literarios que hizo de la novela histórica un género fuertemente aceptado dentro de las características que se querían adjudicar a la literatura, como partícipe del afán por construir una nacionalidad, pero que a la vez era necesario justificar como diferente de las discusiones políticas. En este canon, lo literario por su carácter de ficción e imaginación permitió disolver problemas de gran polémica y fortaleza política, como el compromiso con la verdad y con los hechos.

1. Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 29.

La construcción del imaginario en la literatura participó del diálogo con otros discursos que le eran afines y que, como tales, activaron la competencia que tanto en el escritor como en el lector intervinieron en la construcción del texto: el discurso sobre lo literario promovido en su mayoría por las publicaciones periódicas, y el discurso historiográfico determinado regularmente por su carácter abiertamente político. Cómo se concibió la novela histórica y las diversas relaciones que la literatura estableció con el pasado, en el caso de Felipe Pérez y sus contemporáneos, es un interrogante que no puede dejarse de lado; cómo se dio la caracterización externa del género por medio de otros discursos y su relación con las propuestas de la historia, y cómo estas relaciones pudieron eventualmente afectar la construcción del imaginario sobre el pasado español en América, es la problemática que interesa a continuación.

1. La decisión por un género

Para los neogranadinos la década del cincuenta, veinte años después de la disolución de la Gran Colombia, fue el momento en el cual participaron de un sentimiento colectivo en la búsqueda por definir lo nacional. Se había declarado en 1846, durante el mandato de José Hilario López, la conformación de los partidos políticos conservador y liberal, lo cual propiciaba un sentimiento de autonomía y desarrollo político, a la vez que había logrado elaborar una propuesta encaminada a implementar una división federal del territorio. Fue así como la década del cincuenta concluyó con la división del país en ocho Estados Confederados: Cundinamarca, Panamá, Antioquia, Santander, Cauca, Boyacá, Bolívar y Magdalena.

El problema de la espacialidad y su delimitación se convirtió en un factor fundamental de análisis y controversia en el transcurso del siglo. Aun así, durante este período liberales y conservadores lograron un consenso en torno al federalismo, que se rompió en poco tiempo con las medidas de impuestos promovidas por el presidente Mariano Ospina Rodríguez, y de manera radical con las acciones y decretos anticlericales de Tomás Cipriano de Mosquera.

En esta búsqueda por afianzar las instituciones políticas y las relaciones económicas internacionales surgió una actitud que permanecería en el transcurso del siglo y determinó el carácter histórico posterior: unas veces de manera explícita y consciente, otras oculta: la nación se construyó como una elección sobre la marcha. El carácter irregular de las decisiones estuvo determinado por las constantes búsquedas, que permitieron la existencia durante el siglo XIX de seis constituciones políticas y el desgaste social y cultural de ocho guerras civiles y decenas de rebeliones locales².

La conformación de lo nacional exigió entonces optar, como digo, la mayoría de las veces de manera precipitada, por elegir determinados modelos. Tuvieron que ver con la necesidad de participar en las polémicas y conflictos internos y externos como, por ejemplo, el centralismo y el federalismo, la tradición o el cambio, lo nacional o lo extranjero, España o los demás países europeos como Francia e Inglaterra, el clasicismo y el romanticismo. Por su parte, la actitud costumbrista de la literatura se encargó de poner de manifiesto la convivencia de las oposiciones simultáneas culturalmente: el pasado y el presente, lo viejo y lo nuevo, el campo y la ciudad, lo nacional y lo extranjero. “Manejar la nueva sociedad suponía imaginar y poner en funcionamiento una política. Pero la experiencia —clara o difusa— del cambio suponía interpretar de algún modo una realidad social inédita, para adecuar aquella política, tanto en el corto como en el largo plazo, a las situaciones reales. Así cobró inusitada importancia la imagen de la sociedad que cada uno se hiciera, y esbozarla fue, por encima de las anecdóticas luchas por el poder, el desafío que debió afrontar el nuevo patriciado latinoamericano. Tener una interpretación de la sociedad fue, pues, tanto o más importante que tener una política”³.

Como eje fundamental de esta actitud social que quiso hacer presentes tales oposiciones, se impuso una revisión de la tradición española y de lo que se consideraba propiamente natural del territorio

2. Álvaro Tirado Mejía, “El Estado y la política en el siglo XIX”, en *Manual de historia de Colombia*, t. II, Colcultura, Bogotá, 1984, p. 327.

3. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976, p. 205.

americano. La mirada hacia el otro, la necesaria comparación de lo propio en relación con lo diferente, estuvo no sólo en el centro de los debates sino también de las acciones. La mirada hacia el pasado se hizo indispensable, y fue así como a partir de la literatura la novela histórica se constituyó en el género más apropiado para realizar dicha revisión, que no estuviera expuesta directamente al conflicto que podía propiciar la posición de los artículos políticos y de prensa. La literatura se adjudicó un papel social en la posible clarificación del conflicto y sin una participación política directa.

En la Confederación Neogranadina fueron pocos, en relación con otros lugares de América, los escritos que se refirieron a las propuestas literarias en esta primera mitad de siglo y, menos aún, se desarrollaron polémicas sobre las características y la función de la novela histórica. Propuestas como las de *El Mosaico* (1858–1872), quizá uno de los periódicos literarios más importantes del siglo, buscaron más que la discusión sobre lo literario, la publicación constante y exhaustiva de las obras literarias. Se pretendió así desde la prensa contribuir a la conformación de la literatura nacional al escribirla y publicarla bajo el propósito de ir construyendo la historia de la literatura, la cual formaría parte de la historia política nacional. Solo construyendo ese pasado, en el presente era posible pensar en una literatura para el porvenir.

En cambio fue fundamental la manera como los escritores ratificaron en los diversos textos de prensa la necesidad inmediata de realizar una aproximación hacia el pasado, a partir de la literatura o de la historia. Esta ratificación estuvo fuertemente determinada por la actitud hacia el mundo español y hacia el pasado colonial.

Dos fueron las expresiones, denominadas críticas por los autores, que se manifestaron a través de la escasa prensa literaria. Por una parte, la publicación de los artículos escritos por neogranadinos, y por otra, la transcripción de artículos extranjeros, en su mayoría españoles, como los manuales de Antonio Gil y Zárate y de José Donoso Cortés, a los que me referiré más adelante.

Felipe Pérez, en 1858, fundó en compañía de José Caicedo Rojas el periódico literario *La Biblioteca de Señoritas*, en el cual aparecieron publicados diversos artículos de los fundadores, intercalados con los editoriales, que llevaron por título “De la novela”:

La novela, con más recursos y menos dificultades que el poema, es la verdadera rama épica de la literatura, pues no sólo da a conocer un siglo, un pueblo y una civilización extinguidos, sino que puede entrar y en efecto entra en valiosas apreciaciones filosóficas y humanitarias de trascendencia tan enorme que no hay trabajo poético que pueda comparársele⁴.

Propuso así la necesidad de consolidar una tradición justificada en una historia nacional dada la carencia de una épica, en el sentido de la tradición clásica y medieval. El escritor buscó solucionar la carencia remontándose a la tradición del romance español y en su versión americana como la única manera de profundizar en la historia. José Caicedo Rojas, en un artículo cuyo significativo título fue “El romance. La necesidad de que las poéticas suramericanas cultiven este género”, invitó:

... a regenerar, o a fundar, si se quiere, en este continente el romance como medio infalible de popularizar la poesía, de enseñarla, de incrustarla, de amalgamarla con nuestra historia nacional, con nuestras glorias, dando forma, animación, vida y carácter a nuestra incipiente literatura. Cuánto no se presta el género, que parece humilde, para consignar en él nuestros recuerdos, para inmortalizar nuestras glorias nacionales, para popularizar nuestros interesantes hechos históricos. ¡El romance es, no lo dudemos, la epopeya moderna de los pueblos hispanoamericanos!⁵

Los escritores buscaron, así, el género adecuado sobre el cual construir lo nacional. La mirada hacia las producciones europeas indicó la carencia de una tradición extensa y consolidada por parte de los americanos. Caicedo Rojas percibió la importancia que podía tener la “imaginación histórica” de los romances hispanoamericanos en la constitución de la nación. Romance y novela histórica se homologaron en su discurso, y se relacionaron con las epopeyas tradicionales al preocu-

4. “De la novela”, en *La Biblioteca de Señoritas*, n° 11, 14 de marzo de 1858, p. 85.

5. Yariipa (seudónimo de José Caicedo Rojas), “El romance. La necesidad de que las poéticas suramericanas cultiven este género”, en *La Biblioteca de Señoritas*, n° 6, Bogotá, 7 de febrero de 1858, p. 45.

parse por el destino de toda una sociedad más que por el de un individuo⁶.

Pero el conflicto estuvo dado entre la necesidad de presentar la autonomía ante dicha tradición en lo que competía a la diferencia nacional, espacial e histórica y la necesidad de demostrar ante los propios europeos que negaban la existencia de dicha literatura, la pertenencia a la tradición que exigía la participación de la lengua española⁷.

Esta búsqueda de consolidación de una historia tuvo que ver entonces no sólo con la manera como se asumió la tradición española a partir de una línea de continuidad entre el pasado colonial y la historia que se construía en el presente, sino con la apropiación de dicho pasado a través del uso contemporáneo de la lengua. Así, los escritores neogranadinos participaron de una polémica, que ya había sido planteada en los primeros años de la década del cuarenta en Chile. Se trataba de defender las leyes y las normas, tanto en la lengua como en la política, propuestas por Andrés Bello y en la que su oponente Domingo F. Sarmiento defendía la soberanía del pueblo en materia idiomática, sobre el uso de las fórmulas llamadas por él anticuadas.

El uso de la lengua se consolidó como uno de los factores que con la religión pudieron crear mayor oposición a los cambios propuestos por el siglo. Basta con recordar la afirmación que Rufino Cuervo realizó en 1847:

Pensamos que los negociantes, los magistrados y todos los que de algún modo puedan tener alguna influencia, deben proteger por todos los medios que les sugiera el patriotismo y el amor a las letras, la introducción de libros en español, la lectura y la enseñanza por ellos y no por los que estén en lenguas extranjeras⁸.

6. Fernando Unzueta, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Latinoamericana Editores, Lima/Berkeley, 1996, p. 87.

7. Ángel Rama señala la originalidad, identidad y representatividad como los tres elementos de preocupación fundamental de las letras latinoamericanas en el siglo XIX. En Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, Siglo XXI, México, 1982, p. 11.

8. Rufino J. Cuervo, y Ángel Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, Bogotá, 1946, p. 39.

La elección en el uso de la lengua participó de la demostración, siempre necesaria y polémica, de la existencia de una literatura nacional.

Felipe Pérez, en su artículo sobre la literatura suramericana, expuso tres razones contra la creencia europea y de algunos americanos de “que los países suramericanos todavía no tienen literatura que propiamente pueda llamarse suya, y que las obras de sus hombres de letras apenas deban considerarse como meros ensayos, como más o menos felices imitaciones de los trabajos de autores de otros pueblos o de otros tiempos”⁹. A partir de fundamentos netamente románticos planteó, en primer lugar, que el carácter de expresión del estado intelectual de los pueblos que realizan la poesía, la historia y la novela permite la existencia de una facultad literaria de todos los pueblos en desarrollo. En segundo lugar, en contra de la afirmación de una débil literatura como consecuencia natural de la debilidad que los países suramericanos poseen en el desarrollo de las ciencias, Felipe Pérez se apoyó en la pertenencia a la tradición española y al desarrollo de sus géneros. En tercer lugar, al referirse a las diferencias extremas del suelo americano, que quizá exige la existencia de una literatura completamente autónoma, afirmó:

La literatura, la poesía, la ciencia no están racionalmente hablando, ni en los objetos ni en los fenómenos que unos y otros sean o aparezcan en el alma entusiasmada que los contempla. Ni estos mismos objetos o fenómenos pueden por sí solos determinar tal revolución en las ideas que den ser a una nueva civilización, a una literatura distinta. Impulsarán, sí, géneros antes desconocidos o poco frecuentados; mas en el cultivo de estos nuevos géneros cada inteligencia conserva su propio carácter determinados por diferentes y anteriores circunstancias; y si se ensancha y se levanta en los nuevos horizontes que se le abren, acaso lleguen su grandeza y su vuelo a transfigurarla y parezca distinta de la que antes fuera. Pero nunca pierde su origen...¹⁰

9. Felipe Pérez, “La literatura suramericana”, en *La Biblioteca de Señoritas*, n^o7, Bogotá, 13 de febrero de 1858, p. 53.

10. *Ibid.*, p. 54.

La referencia a dicha tradición implicó un compromiso con el pasado, que no era ajeno a las posiciones políticas y al carácter social de la literatura. La importancia no sólo de producir una literatura nacional sino además concebirla dentro del espacio latinoamericano, enfatizó su carácter social. A la novela se le exigió poesía, doctrina e instrucción para ir más allá del entretenimiento de jóvenes, niños y mujeres, a los que debía influir por su poder de transformar la sociedad y de penetrar en todos los hogares, sin distinción de clase o lugar. Por supuesto que, desde la mirada de Pérez, se trató de un propósito más que de una realidad, si tenemos en cuenta el alto nivel de analfabetismo con que contaba la república y la dificultad de difusión de los medios impresos. El autor participó, así, en el discurso liberal sobre lo popular, que encontró en la novela el género literario más apropiado para llegar a este público.

La necesidad de construir una tradición pero a la vez una delimitación de la importancia del género novelesco, hizo que desde *La Biblioteca de Señoritas* se promoviera tanto la mirada hacia el romance español, como una evaluación de la novela de caballería y de los desarrollos logrados por las “novelas feudales” de Walter Scott, a quien se reconoció como valor fundamental que “pinta copiando y no pinta imaginando”¹¹. Es indispensable, afirman los editores neogranadinos, señalar el desarrollo de su obra no a partir del pasado fabulado sino del pasado histórico, del que extrae sus pensamientos sobre el presente, lo que a la vez hizo su instructiva novela.

En *El Museo* de 1849, periódico literario fundado por Santiago Pérez y José Caicedo Rojas, circularon también diversos artículos en los que se señaló la necesidad de volver hacia el pasado y —lo más

11. A partir de 1828 se imprimieron las novelas de Walter Scott en España, a pesar de que fueron prohibidas por algún tiempo. Donald Mc Grady, *La novela histórica en Colombia*, Ed. Kelly, Bogotá, s.f., p. 14. Walter Scott se difunde por América a la vez que por España. Las primeras ediciones de los emigrados españoles aparecieron simultáneamente en las librerías de México y de Londres. En México y en Lima se representaron adaptaciones teatrales de novelas de Scott y en La Habana en 1838 se tradujo y publicó *El cuarto entapizado*, por Juan Muñoz y Castro. Amado Alonso, *Ensayo sobre la novela histórica*, Gredos, Madrid, 1984, p. 36.

importante— reconocer en él la presencia de temas considerados por algunos escritores como de carácter meramente literario, mas no histórico. Los editores, al describir la labor de los escritores neogranadinos, se interrogaron: “¿Cuál ha celebrado la historia de este mundo grande y celeberrimo en vez de componer odas a la luna, que ya estará cansada de oír tantas deprecaciones y tantos llorones nocturnos?” Posteriormente afirmaron la importancia de la risa, el llanto, lo patético y lo ridículo como temas unidos a las sociedades humanas y por lo tanto a su historia. Por eso era necesario rescatar la historia enfatizando el carácter instructivo de la novela como lo hacía Scott¹². Comprendían así el propósito del escritor escocés al que “no le bastaba con situar la novela en un trasfondo histórico, sino que se hacía preciso convertirla en una representación instructiva del pasado, para así captar y difundir las relaciones orgánicas existentes entre el hombre, su entorno y su ascendencia”¹³.

Este objetivo, que recorrió gran parte del siglo con la producción de obras de tipo histórico, tanto referentes al pasado colonial como al precolombino y a la época de la Independencia, sería cerrado con las propuestas realizadas a finales del siglo por Miguel Antonio Caro, las cuales estuvieron acordes con el espíritu católico de la Regeneración y que, por lo tanto, se opusieron al pensamiento liberal expuesto por Pérez y sus colaboradores de prensa. Desde su óptica neoclásica afirmó los peligros de la novela histórica: “Los escritores que falsifican y alteran los hechos, los que bajo el título de historia escriben novelas históricas, cometen el doble crimen de oscurecer la verdad y de tratar de engañar al lector, o de divertirlo como a un niño. ¡Qué grosero irrespeto a los tiempos pasados! y ¡qué pérfida preparación para los venideros! Por nuestra parte declaramos que nada nos mueve tanto a tirar un libro con indignación, como el descubrimiento de que el autor pretende amenizar su estilo y recrear al leyente a costa de la verdad!”¹⁴.

12. “Las novelas”, en *El Museo*, n° 1, Bogotá, 1 de abril de 1849, p. 6.

13. Román Álvarez Rodríguez, *Origen y evolución de la novela histórica inglesa*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1983, p. 68.

14. Miguel Antonio Caro, *Obras completas*, t. II, Bogotá, 1920, p. 128.

El objetivo social de la literatura de los escritores de mitad de siglo fue propuesto en otros ámbitos latinoamericanos, como el cubano, que en el grupo reunido en torno del escritor José Jacinto Milanés propugnó la inutilidad de la literatura asocial y subjetiva como inadecuada para la creación de la nueva cultura cubana. En 1842 Milanés planteó la necesidad de recurrir a la historia como una manera de luchar contra la mentira social y a la novela histórica como una forma de enseñanza y entretenimiento que corrige, y —lo más importante— populariza el lenguaje de la historia, dando al pueblo la posibilidad de aproximarse a los acontecimientos políticos de su país¹⁵.

Diferente fue el juicio realizado por José María de Heredia sobre Scott diez años atrás. El poeta cubano desdeñó la carencia de creatividad en el escritor escocés, en quien vio reflejada la “languidez de la civilización moderna”. Su distancia de la poesía y su cercanía a la descripción de cuadros del pasado hicieron de la mal llamada por sus contemporáneos novela histórica (por intentar aplicar a personajes de ficción un patrón histórico) un tipo de obra caracterizada por “la rudeza y aun la inelegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta armonía con las épocas bárbaras a que se refieren; la variedad de sus retratos singulares, que en su extrañeza misma tiene cierto aspecto de antigüedad salvaje”¹⁶. A su vez puso en duda en el escritor escocés la facultad de crear, ya que la creación no podía surgir de un intento desordenado de copia fiel de la realidad basada en los recuerdos y en las crónicas antiguas. “¿Llamaremos mentiras históricas las obras de Walter Scott?” preguntó Heredia, cuestionando el apelativo con el que se habían denominado sus novelas y su poder de crear testimonios engañosos. Encontraba que entre los términos *historia* y *ficción* había una contradicción generada por la oposición de la función y los propósitos. Lo que a la vez creaba una dificultad inherente de combinar estos elementos incoherentes dentro de un mismo género¹⁷. Afirmó al

15. José Jacinto Milanés, “Walter Scott y la novela histórica”, en *Obras completas*, t. 1, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, p. 331.

16. José María Heredia, “Ensayo sobre la novela”, en *Revisiones literarias*, Publicación del Ministerio de Educación, La Habana, 1947, p. 245.

17. Flor María Rodríguez-Arenas, *Hacia la novela. La conciencia literaria hispanoamericana*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1998, p. 232.

respecto el poeta cubano: “Género malo en sí mismo, género eminentemente falso, al que toda la flexibilidad del talento más variado sólo presta un atractivo frívolo y del que no tardará en fastidiarse la moda, que hoy lo adopta y favorece”¹⁸.

Como decía anteriormente, en la prensa neogranadina se reprodujeron algunos artículos extranjeros en los que particularmente se dirimió el problema de la literatura del presente y su diferencia con la del pasado. En otras palabras se actualizó con ellos la vieja polémica entre clasicismo y romanticismo. Cabe destacar el *Manual de literatura* del escritor español Antonio Gil y Zárate¹⁹, del que se publicó completo el capítulo “Diferencias esenciales entre la literatura antigua y la moderna. Clasicismo-romanticismo”. El artículo contribuyó a señalar una línea de continuidad temporal entre las diversas expresiones artísticas de la humanidad. La discusión entre antiguos y modernos ya era familiar a principios de siglo, por la difundida propuesta de Boileau realizada en la prensa. Gil y Zárate abogó por la legitimación de ambos sistemas de expresión ya que los consideraba resultado de diferentes civilizaciones. La diferencia estaba en el carácter uniforme de los clásicos y la diversidad de elementos, a veces contradictorios, que componían el mundo de los románticos. En estos últimos se trató de una “confusión integrada” producida por las transformaciones generadas por el cristianismo y el surgimiento de pasiones nuevas en las que el amor tuvo un papel fundamental. Liberaciones como las de la mujer y los esclavos eran consideradas por el autor cambios fundamentales en el orden moral, lo cual condujo a variaciones en el orden político. El romanticismo se ubicó en la problemática interior del hombre. Gil y Zárate concluyó:

Los antiguos veían lo ideal de la naturaleza humana en la feliz proporción de sus facultades, y en su armónica concordancia: los modernos, al contrario, tienen el sentimiento de desunión interior, de una doble

18. *Ibid.*, p. 230.

19. Antonio Gil y Zárate, “Diferencias esenciales entre la literatura antigua y la moderna. Clasicismo-romanticismo”, en *El Museo*, n° 5, Bogotá, julio 1 de 1849, p. 65.

naturaleza en el hombre, que hace aquel ideal imposible de realización. Su literatura aspira sin cesar a conciliar, a unir íntimamente esos dos mundos entre los cuales nos sentimos divididos, el de los sentidos y el del alma (...) En una palabra, da una alma a las sensaciones, y un cuerpo al pensamiento²⁰.

De igual manera *La Siesta*, periódico dirigido por el poeta Rafael Pombo, reprodujo un artículo de Juan Donoso Cortés sobre el mismo tema del clasicismo y el romanticismo²¹. En éste sobresalió la necesidad de marcar una concepción de la historia de la literatura que buscó dar continuidad a los diversos procesos en un principio de progreso y uno de decadencia, quitando así a toda expresión humana su carácter de verdad única. El romanticismo surgió, según el autor español, como resultado del cristianismo. Los individuos adquirieron la conciencia de la coexistencia de los principios generales y los hechos particulares, de la unidad y de la variedad, de la idealidad abstracta y de la realidad histórica, de lo eterno y lo absoluto. La convivencia, sin aniquilarse, de la providencia de Dios y del libre albedrío del hombre. Este último elemento fue el que posibilitó el nacimiento de la novela histórica dada la importancia que le dio al destino de los hombres y a la construcción del personaje individual.

Fue así como en la Confederación Neogranadina se valoraron las posibilidades literarias de la novela, y de su capacidad de afrontar el pasado. La novela histórica justificó la necesidad de demostrar la existencia de una literatura nacional a partir de su pertenencia a la tradición española y su romance, y la necesidad de configurar una épica propia, que sólo era ya posible desde la actividad novelesca. Además de una tradición, la novela histórica contribuyó a consolidar lo nacional desde su carácter social, que estuvo determinado, de un lado, por el romanticismo encargado de expresar las características particulares de las sociedades modernas, y por otro lado, por su interés en la instrucción y la aproximación del pasado a lo popular.

20. *Ibid.*, p. 70.

21. José Donoso Cortés, "El clasicismo y el romanticismo", en *La Siesta*, nº 1, Bogotá, 20 de julio de 1852, p. 5.

La novela histórica y los discursos que sobre ella se elaboran contaron con el problema de la verdad como el factor fundamental de polémica en la concepción del género novelesco durante todo el siglo. Las fronteras, muchas veces ambiguas, entre verdad histórica y verosimilitud novelesca, fueron señaladas también con preocupación cuando el discurso provino ya no de la literatura sino del discurso de los historiadores.

*2. Los discursos de la historiografía,
la otra cara de la preocupación sobre el pasado*

La novela histórica se convirtió así en la búsqueda de la identidad de los pueblos a través de la palabra impresa. Su finalidad fue acercarse a una identidad, a comprender una identidad. Por este hecho debió retomarse el problema de la comparación como mirada de la novela y de la historia. Fue una posibilidad de los individuos tanto escritores como lectores para reubicarse en el tiempo presente, adquirir identidad frente al otro y, lo más importante, frente a su discurso.

Al asumir un discurso propio ante la historia, la literatura tomó una posición, a través de la construcción de sus textos, frente al discurso institucionalizado sobre el pasado, el discurso propiamente histórico. Tanto en Europa como en América, durante el siglo XIX se dio un paralelismo en el desarrollo narrativo de la novela y de la historiografía. Por esto es importante detenerse en las convenciones que conformaban la escritura de la historia, que, de alguna manera determinaron el discurso novelesco que utilizó las diversas voces elaboradas sobre el pasado. Por esta razón la historia adquirió gran importancia y asumió el papel que tenían la filosofía y la teología en otras épocas²².

Dos miradas, a veces no tan diferenciadas, construyeron el valioso significado de la utilización del pasado como espacio para consolidar la nacionalidad. Puede afirmarse que los neogranadinos sintieron la imperiosa necesidad no sólo de apropiarse de la realidad confusa del presente sino también de su propia historia, lo cual implicó a la vez

22. Fernando Unzueta, *op. cit.*, p. 15.

una actitud política. Por una parte, hay que reconstruir el pasado colonial y ubicar allí los orígenes de la nación y por otra parte, sin desconocer la existencia de dicho pasado, lo que además era imposible, superarlo en la escritura de la historia desde la ruptura generada por el proceso de Independencia, que como hecho heroico determinó la posibilidad de un cambio radical. Las dos miradas contaron con la difícil tarea de crear un efecto de realidad, en el que la verdad se constituyó en la manera como se representó el pasado, que en su propia realidad determinó sus funciones ante el presente. Germán Colmenares planteó que el conflicto fundamental estuvo dado entre las formas de representación del pasado y los contenidos culturales inscritos en el mismo²³. Así los conservadores en la primera mirada y los liberales desde la segunda señalaron su posición ante el pasado para afianzar sus intereses sobre el presente.

Reconstruir la historia nacional se convirtió entonces en una acción fundamental. A través de ella el historiador “cumplía con la función pública de restaurar fragmentos del pasado que de otra manera se hubieran perdido irremediablemente”²⁴. La historiografía del siglo XIX, en todas sus tendencias, se desarrolló en una relación especial con la escritura que la hizo permanente y a la vez provisional. Estuvo presente la concepción de los escritores, según la cual habían elaborado un trabajo que hacía parte de una obra futura, y es por esto por lo que podemos suponer que además de ser textos exhaustivos en su temática y descripción, carecían usualmente de la ambición crítica y experimental como objetivos expuestos abiertamente. En esta labor desempeñó un papel esencial, como en todo proceso histórico, la forma de abordar y reconocer las fuentes del pasado, como una manera de consolidar una posición ante la escritura misma. Tuvo que ver con el modo como los historiadores del siglo XIX aceptaron el discurso de los cronistas y lo adaptaron a sus propias necesidades de representación.

23. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1987, p. 69. La polémica entre Bello, Lastarria y Sarmiento que se dio en Chile a principios de siglo era contemporánea a los conflictos neogranadinos sobre la escritura del pasado.

24. *Ibid.*, p. 22.

Los historiadores que estuvieron más cerca de las luchas de la Independencia, como José Manuel Restrepo y Joaquín Acosta, por su participación en ellas intentaron elaborar una historia despojada de valoraciones y juicios. José Manuel Restrepo tuvo como fundamento para su historia general el *Diario político y militar* que elaboró durante los años 1819 a 1857. Su interés estuvo en conservar el recuento cronológico de los hechos: “Estos apuntes fueron en principio muy diminutos y reducidos casi enteramente a conservar las fechas en que acaecían algunos sucesos importantes, especialmente los militares”. Es propio de su discurso dejar testimonio del acontecer y la manera como se le presenta en la actualidad. “Por consiguiente, no todo lo escrito en este diario se debe tener como cierto, pero a lo menos eran las noticias que circulaban en la respectiva época como verdaderas”²⁵. El autor señaló aquí una preocupación de la época: los hechos fueron verdaderos en un determinado momento, posteriormente la historia habría de juzgarlos, el autor como hombre de su época ya los ha juzgado. De esta actitud se desprendió la necesaria exactitud y minuciosidad en la descripción de la circunstancia particular. El *Diario* sirvió a Restrepo como base para escribir la *Historia de la revolución de la República de Colombia* (1827), en la que desconoció el valor del pasado colonial.

Por su parte, Joaquín Acosta elaboró el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto* (1848). Fue el primer historiador neogranadino en interesarse por los hechos ocurridos durante la Conquista y la Colonia, y asumió como documentos los relatos de los cronistas. Con éstos compartió similitudes en el estilo narrativo, la forma de titular los capítulos, la caracterización moral de los personajes, así como el interés por dejar memoria de los sucesos del Nuevo Mundo. La diferencia estuvo claramente determinada por la temporalidad, en la distancia ante los hechos: Acosta dio sentido a la Independencia por la práctica devastadora de la Conquista. Sobre la selección de dichos documentos afirmó: “Por no interrumpir el curso de la narración, he evitado en el texto toda discusión sobre la verdad de los hechos y el mayor o menor crédito que merecen los diversos testimonios...”. Nuevamente aquí se valoró la cons-

25. José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*, Bedout, Bogotá, 1954, p.3.

trucción de la historia como relato basado en otros relatos, en el que más que el valor de la verdad se le adjudicó una mayor importancia a la narración.

A las historias escritas inmediatamente después de la Independencia siguieron las historias de partido. Afirma Bernardo Tovar que como consecuencia de la permanencia del andamiaje colonial hasta mediados del siglo XIX la historiografía liberal se vio en la necesidad de “demoler, en nombre del desarrollo, la herencia colonial prolongada en el presente y a la que se creía culpable del atraso”²⁶.

El historiador liberal José Antonio de Plaza en su *Compendio de la historia de la Nueva Granada desde antes de su descubrimiento hasta el 17 de noviembre de 1831*, no se contentó con la presentación de los hechos sino que seleccionó los que le parecieron verosímiles y que, de acuerdo con una estructura previa del historiador, le eran útiles para la reconstrucción del relato. A partir de juicios anticlericales y referencias al atraso de la estructura feudal heredera de la Colonia presentó una “historia narrativa del tiempo breve en un transcurrir cronológico lineal”²⁷. Liberal también, José María Samper optó años después en su *Ensayo sobre las revoluciones políticas* por otro tipo de historia, ya no narrativa, sino crítica, en la que intentó explicar el pasado colonial, a partir de la valoración del individuo contra el peso de las instituciones. Esta posición adoptada por los escritores liberales de mediados de siglo estuvo fuertemente ligada a las propuestas económicas anglosajonas y a las teorías políticas ampliamente difundidas de Jeremías Bentham. El utilitarismo promulgado por el escritor inglés planteó el papel del Estado que buscó alcanzar la felicidad dando prelación al placer por encima del dolor, negando el derecho natural y divino²⁸. “Según los opositores a esta medida, detrás de una filosofía que explicaba el origen de las ideas en las sensaciones o en la observación del propio pensamiento, vendría el materialismo total, el ateísmo, la pre-

26. Bernardo Tovar, *La Colonia en la historiografía colombiana*, Ecoe, Bogotá, 1990, p. 73.

27. *Ibid.*, p. 74.

28. Ricardo Motta Vargas, *Jeremías Bentham en el origen del conservatismo y el liberalismo*, Bogotá, 1996, p. 7.

sencia de la revelación y la pérdida del fundamento de la sociedad y de las instituciones”²⁹.

La historiografía conservadora, por su parte, solucionó la relación con el pasado no desde la historia individual propuesta por el partido opositor, sino a través de un fuerte vínculo institucional en el que tuvieron un papel fundamental la Iglesia y el Estado. En *La república en la América española*, Sergio Arboleda, igual que algunos de sus contemporáneos, adjudicó la causalidad histórica a la divina providencia y así justificó la necesidad de mantener la herencia española para solidificar la tradición religiosa católica. En la obra extensa de José Manuel Groot, la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* (1868, —vale la pena resaltar el subtítulo: “escrita sobre documentos auténticos”—, el autor se basó en dos principios para su escritura: el moral, “tomando a mi cargo la defensa de la verdad histórica en orden al clero, me resolví a defenderla dondequiera que la hallase ultrajada”; y el de la verdad, “he preferido en mucha parte de esta obra las inserciones de textos originales a los relatos propios; porque es cierto que entre más un historiador deje hablar a sus contemporáneos, en lugar de hablar él por ellos, tanto más garantiza la verdad de sus apreciaciones, tanto más satisfecho queda el lector”³⁰.

Ya a finales de siglo la construcción del discurso histórico se fundamentó en la verificación de los hechos a partir de su descripción por parte de otros historiadores. Se trató de un entretendido de textos en el que intervino el autor en el papel de conector, como ocurrió en las *Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones* (1891) escritas por Pedro María Ibáñez. En esta obra, escrita para conmemorar el aniversario de la ciudad, a partir de un trabajo de reconstrucción de información con “método y verdad”, se privilegiaron los documentos sobre la voz del historiador y así la historia se despojó totalmente de cualquier intervención en la política.

29. Jaime Jaramillo Uribe, “El proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea”, en *Manual de historia de Colombia*, t. II, Colcultura, Bogotá, 1980, p. 314.

30. José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la nueva Granada. Escrita sobre documentos auténticos*, t. I, Imprenta a cargo de Foción Mantilla, Bogotá, 1869, p. II.

Durante todo el siglo, afirma Germán Colmenares, “los historiadores del siglo XIX persiguieron las raras ediciones de las crónicas de la conquista en París, Madrid o Londres. Veían en ellas un posible modelo historiográfico autónomo que ahora podían cotejar con una geografía y una sociedad mejor conocidas. Éstos eran los materiales esenciales para una síntesis futura, para una narrativa posible, siempre y cuando se expurgaran y confrontaran con archivos españoles y americanos”³¹. Sólo los documentos garantizarían una continuidad narrativa y dicha continuidad era la que permitía reproducir la continuidad temporal o la sucesión de hechos reales. La biografía fue el género más propicio para lograr este propósito, ya que permitía apropiarse de los acontecimientos más importantes en los que éste se había visto envuelto a partir del seguimiento de la vida de un personaje.

La novela histórica participó de la tradición ya consolidada en la Colonia a través de la crónica y reafirmada en la historiografía posterior a la Independencia, en la cual el discurso emitido hizo parte de una constante evaluación acerca de los discursos anteriores sobre el pasado. Es por esta razón que las obras se escribieron a partir de las obras ya escritas. Pudieron compartir quizá los rasgos que se habían adjudicado al discurso de la historia en el siglo XIX: “La historiografía deviene entonces ideológica y partidista, encaminada a legitimar con su visión peculiar del pasado el proyecto político del presente. Cada proyecto se forja su pasado, que necesita su propia “verdad” que lo justifique”³².

La novela histórica liberal sirvió, entonces, para dar su propio sentido a los textos del pasado y así evocar para el lector una versión propia sobre el presente, en el cual estuvo fuertemente cuestionada la tradición española y en el que se buscó, aunque no de manera explícita, otorgar un papel político a la literatura. Bien pudo ser ésta la razón por la que Felipe Pérez se propuso escribir una serie de novelas sobre el pasado de la historia indígena y de la conquista del Perú.

31. Germán Colmenares, *op. cit.*, p. 92.

32. Bernardo Tovar, *op. cit.*, p. 100.